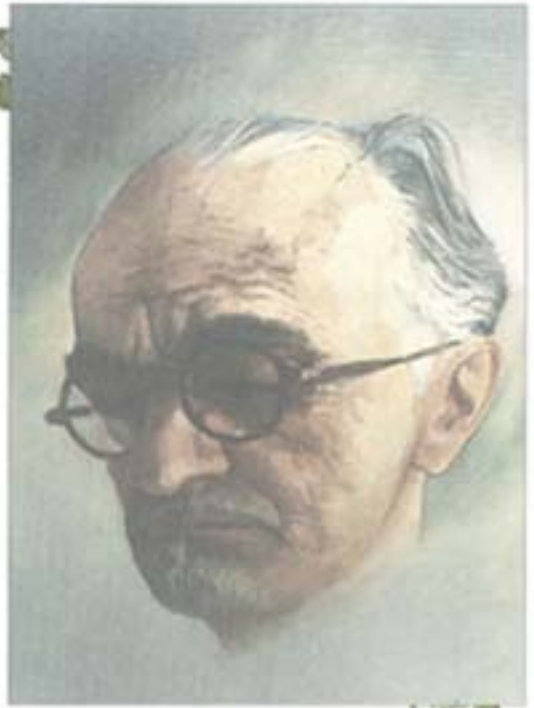


Óleo de Federico Lleras
Acosta, por Sergio Gómez.
Instituto Nacional de Salud.
Santafé de Bogotá

joven científico se hallaba ahora más interesado en la bacteriología que en la veterinaria. Por aquel entonces, aparte los experimentos emprendidos por Vericel, los empleos del microscopio y de los métodos de laboratorio, como auxiliares de la medicina, eran en la práctica desconocidos en Colombia. Desde luego, los textos en que la Facultad de Medicina fundaba su enseñanza, divulgaban ya con la necesaria amplitud aquella novedosa manera de caracterizar las enfermedades. Pero se carecía, si se exceptúan los que poseía la Universidad, tanto de los equipos imprescindibles como de profesionales duchos en su manejo. Así, el ojo clínico continuaba siendo fuente única de diagnósticos.

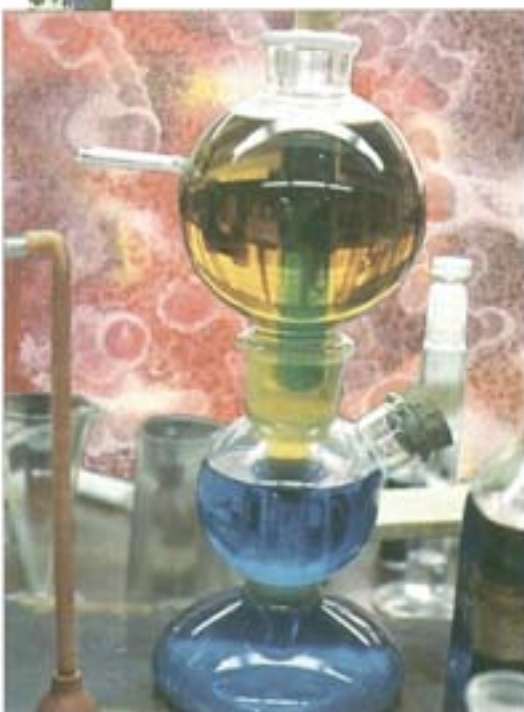
Consciente de ello, Lleras Acosta apeló a sus ahorros de estudiante para hacerse traer de Europa un microscopio que llenara las más recientes exigencias. Era éste ya de los que poseen una parte mecánica, compuesta por un soporte, con su pie y una columna articulada para darle la oblicuidad deseada, una platina, un tubo y un aparato de iluminación; y otra parte óptica, formada por los objetivos, los oculares y el condensador. El tubo llevaba en su parte superior el ocular, que se enchufaba en él, y en su parte inferior el objetivo, que se sujetaba a rosca. Ello permitía buscar con celeridad la imagen del objeto, centrarlo e iluminarlo, y usar después objetivos de diversos aumentos y de ajuste más complejo. Se podía subir o bajar el tubo mediante dos tornillos de enfoque, uno de movimiento rápido y otro de mo-





vimiento lento; con el primero se enfocaba sin dilaciones y con el segundo, que solía ser un tornillo micrométrico, se afinaba el foco.

Provisto de este delicado instrumento, el joven bacteriólogo podía ahora fundar en Bogotá el primer laboratorio privado de química orgánica, de bacteriología y de parasitología, disciplinas preciosas para perfeccionar el diagnóstico. Hacía ya meses, había iniciado noviazgo con una joven, Amalia Restrepo, que guardaba parentesco con uno de los más celebrados escritores y poetas de la época, el señor Antonio Gómez Restrepo, discípulo del erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo. Este personaje, más tarde, había de ser considerado «príncipe de los críticos colombianos». El día treinta de mayo de 1903, contrajeron matrimonio en la Catedral Primada. A partir de 1906, cuando Federico decidió por fin abrir al público su laboratorio, Amalia se constituyó en su única asistente. En ese recién montado gabinete, los implementos, a más del microscopio, consistían tan sólo en una estufa y en una lámpara de petróleo que la alimentaba. A menudo, la joven pareja permanecía hasta altas horas de la noche observando los piroplasmas animales u otros organismos microscópicos bajo la lente maravillosa.



Subsistía un factor adverso, sin embargo, y se refería a la desconfianza que, por extremo conservadurismo, inspiraban en la mayoría de médicos locales los métodos de laboratorio. Apenas uno que otro, por haber estudiado en Francia o en Alemania, condescendía a tal importante constatación. Por eso, los primeros años que pasó Lleras Acosta al frente del laboratorio, trajeron aparejados ciertos

obstáculos económicos. Fueron, por lo demás, los años en que empezaron a llegar al mundo sus diez hijos: cuatro varones, Federico, Carlos, Roberto y Enrique Lleras Restrepo, y seis mujeres, Isabel, Elvira, Amelia, Inés, María Antonia y Helena. El segundo de los hombres, nacido el doce de abril de 1908, había de convertirse en uno de los personajes públicos más prestigiosos del país, cuyos destinos rigió de 1966 a 1970; la primera de las mujeres, nacida en 1911, aunque inicialmente quiso ser violinista, devendría una exquisita poetisa, cuyo *Romancero de Santafé* había de resultar laureado en 1938 por la Academia Colombiana de la Lengua.

No sólo en el campo económico el destino reservaba adversidades a este espíritu científico: desde muy joven, su columna vertebral y, en general, su esqueleto, comenzaron a acusar flaquezas que lo obligaron, por el resto de su vida, a vivir acompañado de un complejo dispositivo ortopédico. Movilizarse era para él arduo empeño. Contra lo que hubiera sido de esperarse, ello no entorpeció su trabajo. La postura frente al microscopio le resultaba dolorosa, pero insistió en ella con el tesón de un apóstol hasta el fin de sus días. Sólo su familia constituyó para él, según habrían de atestiguarlo quienes lo conocieron con cierta intimidad, prioridad sobre su labor. Poseía una voluntad de hierro que, unida a un culto insistente por el trabajo, hizo de él esa especie de arquetipo profesional que tanto entusiasmó al mundo académico de la primera mitad del siglo XX. Éste, por supuesto, no tardó en incorporarlo al elenco de profesores de la Facultad de Medicina y de Ciencias Naturales. Su cátedra gestó, hasta el día mismo de su fallecimiento, hornadas de bacteriólogos una tras otra. En sus alumnos, inspiró siempre una admiración indoblegable. Poseía el dón de la pedagogía y sus clases solían ser de una sencillez paradigmática.

Lo asistía, por igual, una irrevocable vocación de servicio social. Ajeno por completo a los vaivenes de la política, el hombre que, sin embargo, procreó a ese nervioso político que fue Carlos Lleras Restrepo, se preocupó siempre, en cambio, por la necesaria actitud social de la medicina. Ya nos ocuparemos, andando este libro, de los escollos que encontró cuando quiso cambiar la concepción francesa de su profe-

sión por la concepción estadounidense. De momento, aludiremos tan sólo a las investigaciones que culminó, con el mayor de los éxitos, para erradicar ciertas patologías que incidían con suma gravedad en la vida colombiana. La primera de ellas, el llamado *carbón sintomático*, que ataca a los ganados. Nuestro hombre se aplicó a su análisis, recogiendo muestras de sangre y colocándolas bajo su lente, hasta conseguir el aislamiento del bacilo que lo produce y, en consecuencia, como aplicación práctica, preparar una vacuna anticarbonosa que salvó la industria pecuaria asentada en la sabana de Bogotá. Su informe, presentado en 1908 a la Academia Nacional de Medicina, le valió de inmediato el ser aceptado en ella, a los treinta y un años, como miembro de número.

Un año más tarde, Federico Lleras Acosta presentó al gobierno nacional una monografía sobre la ranilla o malaria bovina, entidad patológica que ha constituido el mayor flagelo de los ganados de la América del Norte (donde se la conoce como *fiebre de Texas*) y de las colonias inglesas, y que amenazaba con diezmar los de Colombia. Este mal es producido por el esporozoario *Babesia bigemina* y transmitido por el ácaro *Boophilus annulatus* o *Margarodes annulatus*. Lleras Acosta demostró que, en nuestro suelo, el agente transmisor era un artrópodo y, en un trabajo que fue calificado como «magistral», recomendó ciertas preparaciones microscópicas e indicó ciertos procedimientos clínicos y profilácticos que constituyeron, durante largos años, el único recurso contra aquella plaga.

Bien pronto, al bacteriólogo bogotano le fue encomendada la dirección de casi todos los laboratorios oficiales. Su trabajo era invaluable y sin par en el país. Ya fuese en tales nuevas sedes o en su gabinete privado, sus pesquisas se diversificaron de un modo pasmoso. Llegó a publicar un altísimo número de memorias sobre problemas sanitarios, una de ellas el primer estudio bacteriológico de las aguas de Bogotá, realizado en 1908, que encaminó en lo sucesivo la acción de las autoridades municipales. Dos años más tarde, presentó a las llamadas Sesiones Científicas del Centenario su *Investigación del bacilo de Koch en la orina*, que permitió una nueva forma de diagnóstico de la tuber-

culosis. Por esos mismos días, combatió con éxito, mediante técnicas propias, una plaga de langostas que afectaba los principales centros agrícolas del país.

Fueron tales los triunfos que, en los diversos frentes bacteriológicos, cosechó el alumno de Vericel, que cuando, unos capítulos atrás, lo presentamos en 1916, abocado al diagnóstico de la lepra en Luis Antonio Calvo, la totalidad de los médicos bogotanos utilizaba ya los servicios de su laboratorio. Con el paso de los años, otros bacteriólogos, colecta todos del veterinario de Lyon, abrieron los suyos propios. Lleras Acosta había sido el pionero. Cuando, en el citado año, el viaje a Agua de Dios con el músico enfermo lo persuadió de que debía encaminar en forma prioritaria sus esfuerzos a tratar de cultivar fuera del cuerpo humano el bacilo de la lepra, en el país todos se asombraban de lo mucho que aquel hombre tímido, pequeño, encogido, sostenido por un artefacto ortopédico, había podido lograr con sólo un microscopio, una estufa y una lámpara de petróleo.